

Emotivo reconocimiento del Concejo Deliberante a Estela de Carlotto

2007-03-27 09:13:49

La presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo fue reconocida por su tarea de militancia y resistencia de treinta años. En el inicio de la sesión especial, y luego de las palabras de bienvenida de la presidenta Nilda Fernández y el izamiento de la enseña patria, Marí-a Rosa Toncovich pidió un minuto de aplauso por los 30.000 desaparecidos, pidiendo por justicia para que los genocidas sean condenados por los asesinatos que provocaron.

Luego, llegó el turno de Javier Levigna, quien en representación del bloque del PJ, remarcó que «hay personas que pueden hablar más que yo, pero quiero dejar este mensaje de bienvenida y agradecimiento a ese ejemplo de valentí-a, buscando, investigando, para poder alguna vez, saber la verdad de esta historia».

Retomó la palabra, desde el bloque del Frente para la Victoria, Toncovich quien mirando a Carlotto le dijo «es tan importante que estés acá, nunca soñé que después de golpear tantas puertas esté acá, a tu lado, desde una banca de concejal junto a vos».

Siguió diciendo que «recordar los primeros años cuando se cerraban todas las puertas, cuando nos señalaban como locas, o que éramos la familia de los guerrilleros», y manifestando que «gracias, en vos está reflejada mi vieja, cuando seis meses después que se llevaron a mi hermana, nos dejó y la fue a acompañar a algún lado».

En la continuidad, Ligia Laplace, en representación del bloque oficialista, hizo un discurso extenso pero muy acertado, evocando desde el corazón una época muy fuerte para todos los argentinos.

Las palabras de Laplace

«Dar la bienvenida en esta ciudad de Tandil a la Señora Estela Carlotto, es para quien habla enfrentarse con una historia que es la historia del paí-s y la historia personal. En el horror y la grandeza, ambos, sin lí-mites. La grandeza se ha hecho pública y visible por contraste, porque el horror existió. Por eso solo los necios de la desmemoria pretenden negarlo. Hay una generación que falta. Hay familias que buscan a sus desaparecidos para saber si deben llorarlos o esperarlos y esto es un derecho que solo designios nefastos se han atrevido a negar. Hay abuelas que esperan aún a esos nietos a quienes los monstruos han mimetizado en la sociedad, con la intención de cambiar su ideario, sus códigos de vida, la anulación sistemática de ser quienes son, e intentar que copien principios y valores prestados. Lo terrible de estos hechos es que pasaron en un paí-s diseñado para la grandeza. En un paí-s que no habí-a tenido guerras y donde los jóvenes de los 60 í-bamos a ver en el cine el Juicio de Ní¼remberg y además de sentir el espanto atenaceando la garganta, tení-amos la convicción de que nuestra patria estaba lejos de todo eso. Leí-amos el Diario de Ana Frank y al llegar al final respirá-bamos con cierto alivio porque esa historia habí-a pasado lejos y no volverí-a a pasar.

Porque éramos una Nación de gente civilizada, culta, amplia de criterio en cuanto al respeto por las ideologí-as y las religiones, en convivencia pací-fica. A los jóvenes de los 60 no nos entraba en la cabeza el horror de los 70. Creo que ni los más afiebrados pronósticos lo podrí-an predecir. Las discriminaciones ideológicas sucedí-an en paí-ses con siglos de enfrentamientos raciales, más o menos encubiertos, y peleas territoriales prontas a explotar al menor indicio de ofensa. Nosotros no sólo éramos el granero del

mundo sino un país ideológicamente abierto desde la letra misma del Preámbulo que propuso con un enfoque generoso: “Constituir la unión Nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad, para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino.” pareciera resumir la esencia de lo que como argentinos éramos, sin dudas ni replanteos. Buena gente, crisol de razas, solidarios con el prójimo, tolerantes. No nos creíamos delineados para la indiferencia, la cobardía o el miedo que a veces es líquido. Lo que no es líquido es creer que lo que le pasa a otros siempre implica una culpa y a nosotros, como no habíamos hecho nada, no nos iba a pasar.

A todos nos pasó el genocidio. A los militares que abandonaron el ideario sanmartiniano para convertirse en verdugos del pueblo al cual debían proteger. A los ciudadanos indiferentes que se creían a salvo porque no estaban involucrados nada más que con su propia indiferencia. A quienes desde la cátedra predicábamos la vigencia de los derechos que nos robaron, aún con los fusiles apuntando tras la puerta del aula y no morimos porque en el fatídico sorteo nuestro nombre no salió. A quienes alzaron banderas en las que creyeron con la fe que se profesa en las revoluciones. A los que sobrevivimos al horror. Nadie salió ileso porque del horror ilimitado nadie zafa. Ni los ejecutores, ni las víctimas. Pero no me es posible la piedad para los ejecutores porque gracias a ellos marchamos entre sombras. Los ejecutores y verdugos tienen que ser indefectiblemente juzgados y las víctimas resarcidas. Devolviéndoles sus hijos y sus nietos donde estén y como estén. Reparando los vacíos en su historia. Reconstruyendo sus familias con los que están, con los que no están y con los que aún son aguardados porque eran bebés inocentes y la prolongación de sus vidas.

A todos nos pasó el genocidio porque a lo mejor tuvimos la ingenuidad, cuando escuchamos las marchas militares aquel amanecer del 24 de Marzo del 76 que esa era una “chirinada” más de las tantas que nuestros uniformados ejercían desde décadas con impunidad, quebrando las Instituciones y el orden jurídico. Nadie podía imaginar ni en el campo de las perversiones más nefastas lo que nos sucedió. A nosotros no nos podía pasar lo que pasó en Alemania ni en Armenia. Nosotros éramos un país con mayúscula a pesar de todo. Un país sin desempleo, sin hambre, un país pujante. No podíamos saber que el Plan Cóndor había sido pensado para hacer trizas lo que en términos de hermandad latinoamericana, habían soñado San Martín y Bolívar.

En el Artículo 14 de la Carta Magna nos definíamos aún más en nuestras buenas intenciones dando por inalienables los derechos de “peticionar a las autoridades, de entrar, permanecer, transitar y salir del territorio argentino; de publicar las ideas por la prensa sin censura previa; de usar y disponer de la propiedad; de asociarse con fines útiles, de profesar libremente el culto, de enseñar y aprender.

Y los jóvenes de los 70 usaron libremente de sus derechos constitucionales para comprometerse en la lucha por las reivindicaciones sociales y políticas como lo han hecho los jóvenes de todos los tiempos.

La sangre nueva busca cambios revolucionarios y esa es la historia del hombre en permanente evolución. Triste ficción la del joven que se conforma a las estructuras y espera milagros divinos para que la sociedad sea más justa. No aceptaremos jamás que nuestros muchachos fueran ingenuos e inocentes inspirados por las musas del Olimpo: tenían claros los objetivos y claros los modos de luchar. Tenían claro el riesgo, tal vez con esa omnipotencia que dan los pocos años. No importaba el costo sino la fe en la causa. Como todos los jóvenes de todos los tiempos estaban dispuestos a dar la vida por lo que creían justo. Pero allí estaban prestos los buitres a quebrar el orden natural y a devorar carne fresca y vital. Terminaron con los jóvenes y con muchas de sus familias y con los hijos que tuvieron, en una saga de horror inimaginable aún en el contexto más desmedido.

Allí salieron entonces a enfrentarlos las madres y las abuelas en busca de justicia: sin más armas que el pañuelo blanco que las hacía identificables, sin vacilaciones, la palabra y la confianza en la justicia y las

leyes escritas. Así- salieron en una lucha por un mundo mejor y mas justo, tal y como los jóvenes de los 70 lo soñaron. Tomaron la posta los mayores y esto era algo que los asesinos no esperaban. Ellos no esperan solidaridades, porque no las tienen. Por eso estas mujeres los desconcertaron. Solidarias con sus hijos y sus nietos dejaron la paz de sus hogares para salir a la calle con los cansados pies y las desgarraduras del alma a cuestas, a reclamar por los que ya no tení-an voz.

Esta transparente forma de lucha que sale desde el fondo de la sangre, donde alguna vez estuvieron los hijos que ya no están; dos veces madres, a las abuelas se les multiplico la fuerza. Para cuando repararon en su potencia ya su voz se escuchaba en el universo entero y no las pudieron detener.

Quiero recordar en este dí-a de emoción infinita para nuestro Tandil, que recibe a uno de los paradigmas de la lucha por los Derechos Humanos, a otro luchador, que en oportunidad del histórico Juicio a las Juntas militares, pidiera instrucciones al Presidente Alfonsí-n. Este le dijo: “no tengo instrucciones Fiscal Strassera. Obre Usted de acuerdo a la Ley. Solo le pido que no se vuelva loco” a lo que el fiscal respondió: “Ya es tarde para eso Presidente”.

Los ciudadanos que leí-amos el “Nunca Mas” sentí-amos lo mismo. No importó el nivel de compromiso de cada uno y cuantos muertos llorábamos. Todos los ciudadanos con conciencia sentí-amos que habí-an arrasado dignidades que nos distinguí-an hasta de los grandes paí-ses civilizados. El genocidio pasaba bajo nuestros ojos con la tangibilidad de lo irreparable. Pero este paí-s se atrevió a poner en el banquillo a los culpables, aunque los mercenarios de siempre una y otra vez intentasen borrar lo sucedido con indultos – prerrogativa esta que fuera por derecho divino solo de los monarcas.

Este paí-s recibe y escucha a las madres y a las abuelas y se solidariza con ellas porque no hay dolor más grande que el de la pérdida de la propia sangre contrariando el orden natural. Los genocidas no lo resisten con la dignidad del vencido, porque no tienen dignidades. Tienen una inmoral adicción a la muerte. Atrapan, como para que no olvidemos que por allí- están, a quienes hacen públicas sus miserias. Atrapan a Jorge Julio López como si con eso pudieran callar su voz. Tan solo la multiplicaron.

El ejemplo de las abuelas y de las madres nos ha dado la fuerza necesaria para que todos los argentinos bien nacidos, estemos testimoniando y todos seamos Jorge Julio López y al fin, cada represor este donde debe estar: en la cárcel y sin privilegios.

Sucede a veces que el tiempo y los personeros con altavoces confunden a los pueblos. Hay quienes se sienten los dueños de los Derechos Humanos y de los muertos. Y todos nos pertenecen a todos porque son nuestra historia.

No puede haber un ciudadano que no se enrole en la búsqueda perseverante de los responsables. No para la venganza insustancial que no remedia, ni cura, ni educa, ni previene. Sino para que la justicia les haga pagar el derecho de convertir al Estado – que debe proveer al bien común – en un estado terrorista. Si habí-a responsabilidades cí-vicas en aquellos militantes, habí-a jueces y habí-a leyes. No era necesario asaltarlos en la noche, buscarlos en sus casa, en las peñas, en las calles y en los parques porque eso hace axiomático que la dictadura buscaba terminar con el devenir natural de la vida y que su discurso pseudo patriótico era una farsa. Lo sigue siendo. No nos engañemos. Porque allí- están prestos a tomar entre sus garras otros sueños, otras vidas, porque su sed es inagotable. Sin embargo, ahora tenemos la lucha de estas mujeres como ejemplo. Paso a paso. Sin descanso. Sin armas. Solo con la fuerza de su coraje. Por un mundo mejor y más justo, donde los jóvenes sean la promesa que por naturaleza han sido en la historia del hombre y no se los convierta en una inventada amenaza. Nadie debe ser excluido del compromiso o un dí-a estarán golpeando nuestra puerta.

Queremos que quienes desde las sombras buscan la discordia para adueñarse de mezquinos espacios

de poder sepan que ya no somos los mismos. Que la sombra del genocidio nos ha marcado la historia haciendo imprescindible el compromiso como ciudadanos para no volver a decir: "Algo habrán hecho".

El "Nunca Mas" es nuestra profesión de fe. No vamos a desistir hasta que los responsables de que haya sombras que nos rodean reclamando una sepultura, estén donde deben estar y los nietos estén con sus familias de sangre, de origen y de decisión de amor.

Dijo hace poco en una entrevista nuestra ilustre visitante: "Aborrezco la palabra reconciliar: ¿Con quien me tengo que reconciliar? No le hice nada malo a nadie. No ofendí- a nadie, a mi me ofendieron. Quiero verdad, justicia y paz".

Queremos decirle a Estela Carlotto que todos buscamos a Guido. Todos deseamos que un día amanezca con ese niño, hoy un hombre, llamando a su puerta y diciéndole que la espera llegó a su fin. Debe haber alguna familia en algún sitio que sabe que ese hijo que exhibe no es suyo y quizás en un rapto de dignidad lo acompañe a regresar a su nido, a su gente. Es un derecho que tiene Estela Carlotto y que tenemos todos los que acompañamos su lucha desde hace tantos años. Como dijo el joven restituido a su familia Horacio Pietragalia: "no existe verdadero hombre sin verdadera identidad". Sabemos que su lucha no es solo la búsqueda de los nietos apropiados, se extendió para que no se pierda la memoria hacia los desempleados, los hambrientos, contra la deuda externa, a favor del MERCOSUR y contra el ALCA, contra los que amenazan esta democracia joven en la cual debemos aprender de nuevo a convivir en paz y con un amplio compromiso ciudadano.-

Señora Estela Carlotto: no vamos a desistir de lo que la democracia comenzó y continúa creciendo paso a paso. No vamos a dejar de acompañarlas en su permanente lucha por reivindicaciones, porque ya es la lucha de cada argentino. No vamos a dejar de admirarlas e imitarlas en la alegría con que han afrontado vivir sin las presencias amadas y convertir el inefable dolor en lucha productiva. No vamos a dejar de admirar a gente como Usted que dejó la acogedora tibieza del hogar para caminar las calles en busca del bien perdido. Como siempre lo dicen mejor los poetas, creo que esto es para Usted:

Hay gente que con solo decir una palabra enciende la ilusión y los rosales que con solo sonreír entre los ojos nos invita a viajar por otras zonas, nos hace recorrer toda la magia

Hay gente que con solo abrir la boca llega a todos los límites del alma alimenta una flor, inventa sueños hace cantar el vino en las tinajas y se queda después, como si nada

Y uno se va de novio con la vida desterrando una muerte solitaria pues sabe que a la vuelta de la esquina Hay gente como Usted, tan necesaria.

Hubo una plaqueta recordatoria, y la palabra de Carlotto, emocionada por los dichos y anhelos de Ligia Laplace, hablando de su hija Laura, quien pudo irse del país para que no la mataran, pero en ese momento le dijo a Estela "mirá mamá, miles de nosotros vamos a morir, y nuestra muerte no va a ser en vano, y no lo fue, porque nos permite estar juntos, sin importar las banderas, para sacar a este país adelante, para que NUNCA MAS ocurra el horror como en estos trágicos años".

Finalmente, agradeció todos los gestos del día, diciendo que "esto de hoy es un alimento para el alma, me voy mas joven y con muchas mas ganas de seguir luchando".